

De Martín Lutero a Tomás Moro

La Reforma Protestante es la última gran herejía. Supone la traca final de la heterodoxia religiosa tan abundante en la Edad Media. El Protestantismo aparece con cierto retraso en el campo de la Historia. Las herejías son fruto de ambientes religiosos muy saturados y la Edad Moderna se inicia, precisamente, bajo un signo distinto: Ciencia y Filosofía.

Martín Lutero, joven impulsivo y de acusada sensibilidad, comete un gravísimo error: Hacerse sacerdote católico guiado más por una impresión que por una vocación. Formado filosóficamente bajo la influencia «occamista» —que tanto humilla y rebaja la razón— le faltó, en sus momentos de crisis, el faro *racional* luminoso y seguro.

Lutero, temperamento escrupuloso hasta lo obsesivo e imbuído de aquella religiosidad medieval fundamentada en el terror, cree encontrar en la Fe —como único vehículo de salvación— la salida liberadora a sus fobias mentales. Pero en modo alguno podemos pensar, que la sola justificación por la Fe, sea una fórmula insincera del heresiarca para dar rienda suelta a sus inclinaciones carnales. Lutero, muy preocupado de su vida interior, lo era muy poco del juicio ajeno. De sentir tan solo esas inclinaciones, las hubiera satisfecho llanamente sin necesidad de añadir a su conciencia un nuevo y más grave pecado: El de herejía.

El gran historiador católico Daniel Rops, escribe: «Traiciona la verdad histórica y psicológica, quien niegue a Lutero esa calidad de hombre, para quien vivir y creer son cosas serias, un combate de grandes luchas espirituales» (1).

Las doctrinas de Lutero, vistas desde un punto racional y filosófico, seducen muy poco. A veces, incluso, se subleva ante ellas el propio sentido común. De no haberse dado circunstancias especiales, al margen —algunas de ellas— de cuestiones teológicas y morales, es probable que la Reforma Protestante no hubiera prosperado con tanta rapidez. Sin embargo, en aquel clima de pasiones e intereses encontrados, todo fue posible; hasta la reforma llevada a cabo en Inglaterra por Enrique VIII.

Si la lucha interior de Lutero fue un combate de fuerzas espirituales, en Enrique VIII, por el contrario, lo fue tan solo de apetitos sensuales.

Sus amores con Ana Bolena, sus ardientes deseos de unión marital con ella, y, la pretendida disolución de su matrimonio (puramente convencional) con Catalina de Aragón —mujer privada de encantos femeninos— evidencian los móviles del rey para un paso tan trascendente en el campo religioso.

Asombra y estremece en estos cambios, las persecuciones y crueldades a que en ambos campos daban lugar. Y asombran aún más cuando reflexionamos en la índole personalísima e íntima de las creencias religiosas; creencias, en que por su propia

naturaleza, debe prevalecer en ellas la libertad, sin la más ligera sombra de coacción exterior.

Los mártires de uno y otro bando iban a la hoguera, salvo escasas excepciones, seguros de sí mismos, con envidiable entereza y viendo, en aquella muerte horrible, el signo claro de predestinación.

Entre los mártires del grupo católico destaca, por su extraordinaria calidad humana, Sir Tomás Moro.

Tomás Moro procede de una clase social modesta, pero su gran prestigio como abogado le lleva a escalar puestos en las altas esferas del Estado, hasta llegar a Canciller de Justicia. Jamás pudo apreciarse en su vida el más leve síntoma de vanidad ni autosuficiencia. Sus notas más características son la humildad, la cordialidad y la sencillez.

La religión de Moro no era retorcida ni ostentosa. Su profundo sentido católico no torció nunca la naturalidad de su vida. Tomás Moro estaba muy lejos de esos tipos religiosos donde todo es cálculo y medida, frialdad y mogigatería. Dudamos mucho de la bondad de esas almas en las que no brilla la espontaneidad y la franqueza. Sin exhibir su religión y sin apenas hablar de ella, la vida de Moro fué un auténtico testimonio de Cristo.

Amigo íntimo de Erasmo, se hallaba situado, intelectualmente, en esa línea amplia y tolerante del humanista de Rotterdam; amplitud y tolerancia más admirable aún en aquella época de estrechez y fanatismo.

Cuando Enrique VIII hizo del Protestantismo la religión oficial de Inglaterra, Tomás Moro optó por una postura silenciosa y prudente. Nada de gestos ni aspavientos. Con suavidad, presentó la dimisión de su cargo, para eludir así el reconocer a Enrique como Jefe de la Iglesia. Obligado al fin a definirse, manifestó sus convicciones católicas; y desposeído de todos sus cargos, expropiados sus bienes, encarcelado, supo, en las más duras condiciones, ser fiel a su idea. Sus amigos le invitaban a retractarse, en la seguridad de que todo le sería restituído. Su esposa —tan amada por él— en la más cruda miseria, le invitaba también a la retractación (es comprensible). Todo inútil: Tomás Moro, con profundo sentido del deber, subió al cadalso el 1.º de Julio de 1535.

No pertenece Moro a esa categoría de Santos en que por hallarse situados en una órbita distinta a la normal, resultan inasequibles. Muy por el contrario, lo cotidiano de su vida, es siempre ejemplar e imitable.

Su famosa obra «La Utopía», ¿será una utopía permanente?, ¿o tendrá profunda realidad como meta final a una humanidad en constante y ascendente evolución?—J. S.

(1) Baste decir que los amores de Lutero con Catalina Jon Bora no empezaron hasta cuatro años después de fundada la reforma.